

D. Mariano Maella lo dibujo.

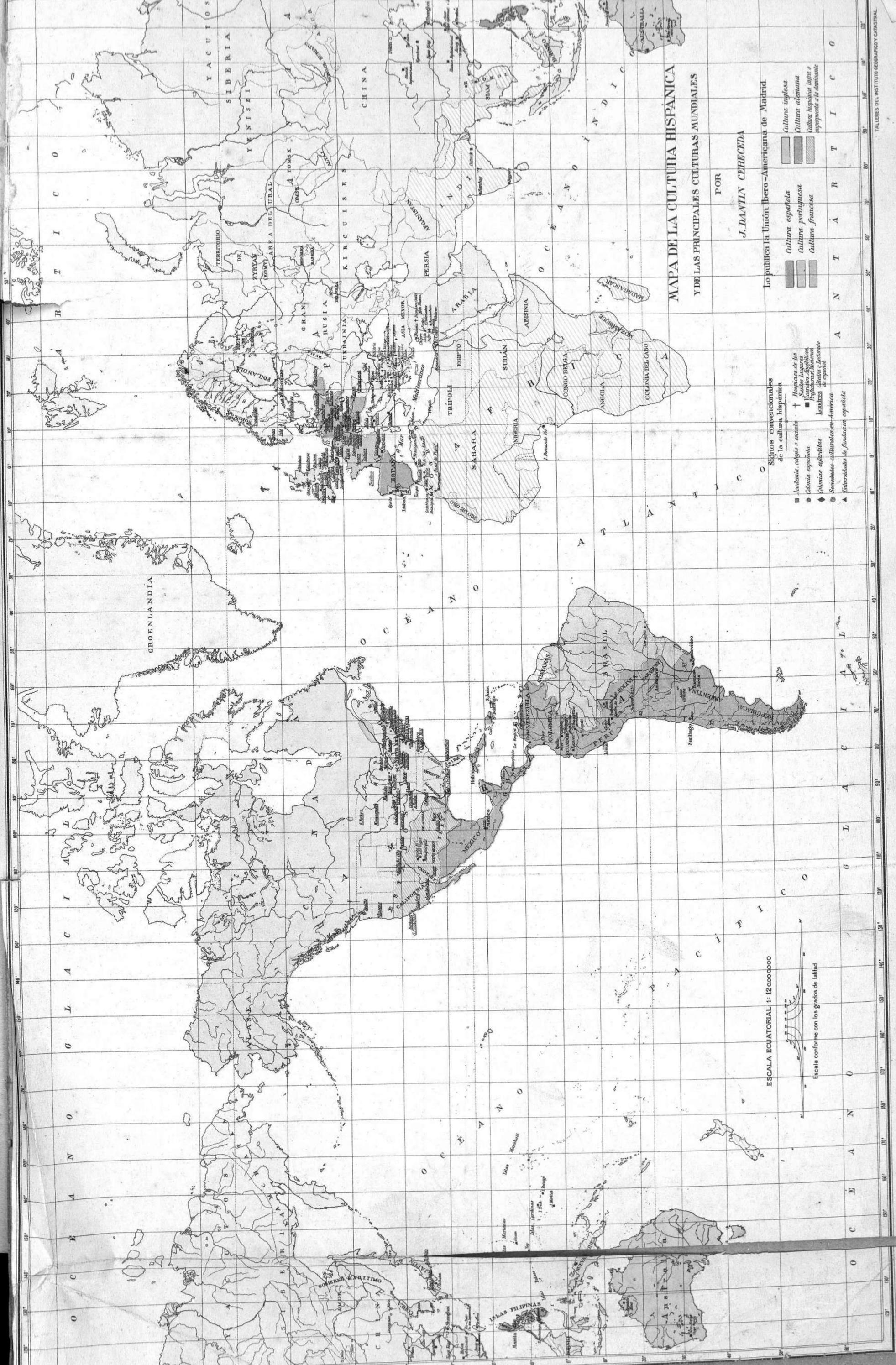
M. Brandi lo grabó.

V.º R.º DE LA IMAGEN DE
 con la advocacion de la
 de Madrid, el que dedica su R.^l
 Duquesa del Infantado, Pastrana, & S. Princesa de Salm, y Salm.



LA S.S.^A VIRGEN MARIA,
 ALMUDENA, unica Patrona
 Esclavitud á la Ex^{ma} Señora
 Duquesa del Infantado, Pastrana, & S. Princesa de Salm, y Salm.





**MAPA DE LA CULTURA HISPÁNICA
Y DE LAS PRINCIPALES CULTURAS MUNDIALES**

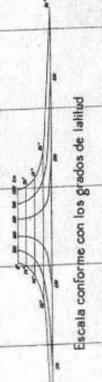
POR
J. DANTÍN CEBECEDA

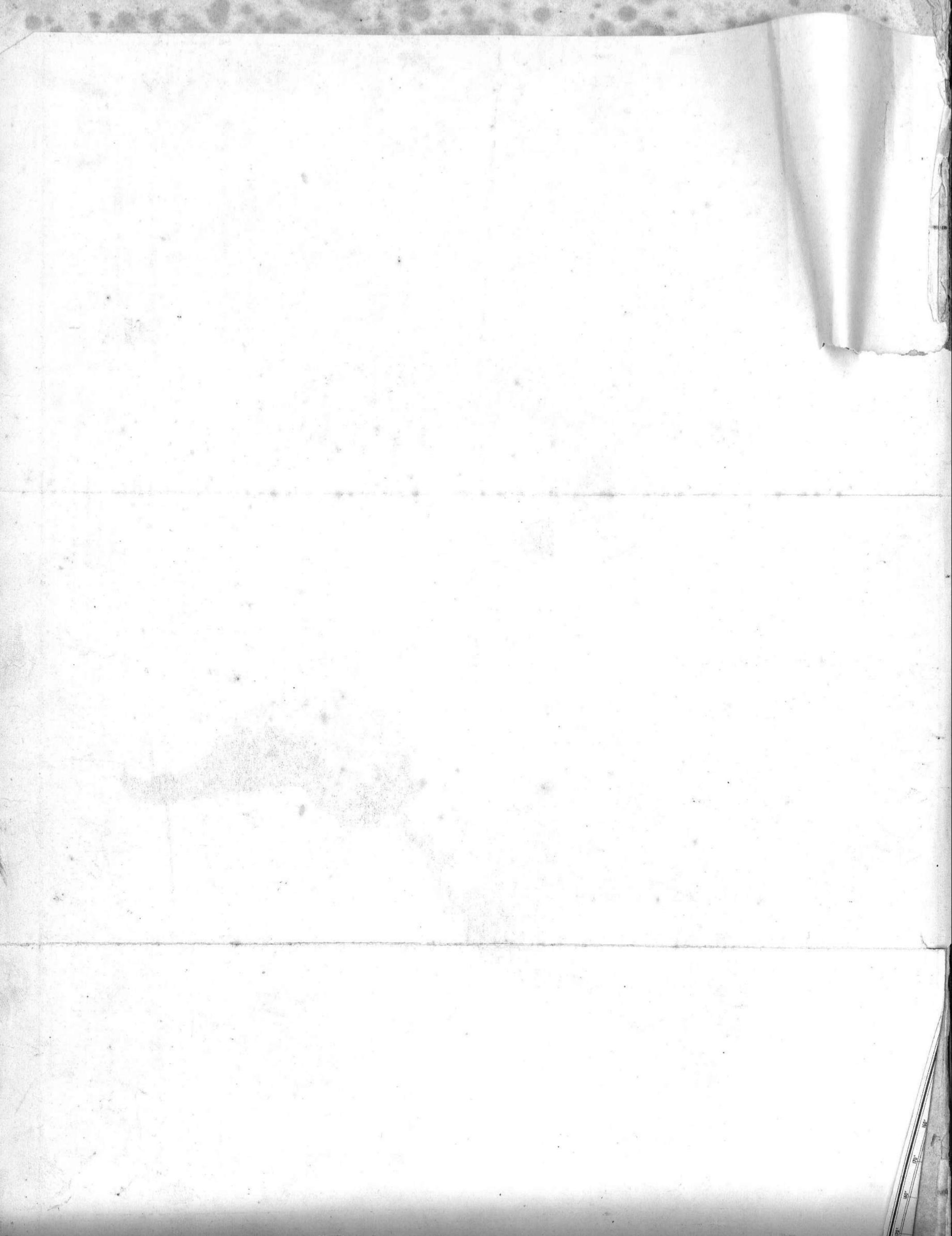
Lo publica la Unión Ibero-Americana de Madrid

- Signos convencionales de la cultura hispánica**
- Academia, colegio e escuela
 - Colección española
 - ◆ Clonios españoles
 - Sociedades culturales en América
 - ▲ Universidades de fundación española
 - † Hospicios de los Santos Lázaro y Primitivo
 - Librerías de la América de España
 - ◆ Librerías de la América de España

- ▨ Cultura española
- ▩ Cultura portuguesa
- ▧ Cultura francesa
- ▦ Cultura inglesa
- ▥ Cultura alemana
- ▤ Cultura hispano-africa e superpuesta a la dominante

ESCALA ECUATORIAL 1:12 000 000





RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
PAGO ADELANTADO

España:
Cada 10 números quincenales 1 pta. al mes
Extranjero:
Cada 10 números quincenales 1,50 al mes

"Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."
(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de Cabrales, núm. 144, principal.
A donde se dirigirán TODOS los encargos y correspondencia.

"Volcán de Amor"

Una de las notas salientes de las fiestas de San Francisco Javier en Pamplona, ha sido el estreno en el Teatro Gayarre del «drama «Volcán de amor», escrito expresamente para dicha solemnidad por el culto sacerdote navarro D. Jenaro Xavier Vallejos.

A continuación publicamos una de las más bellas escenas de la notable producción teatral, y en la que la admirable figura del Apóstol de las Indias aparece magistralmente dibujada.

ESCENA XIII P. FRANCISCO

(Con el crucifijo entre las manos permanece mudo de dolor, y en los primeros instantes no puede cosa más que sollozar con una vehemencia que parte las entrañas. Césale el llanto y comienza su lamentación en un coloquio abrasado con Cristo Jesús.)

Me he ensañado contra él, y siento que no ha sido él... ¡Ay! ¡Siento que son mis pecados! ¡Necio de mí! ¡Soberbia de mi carne pecadora, llegar a creerme de que Tú, Señor, me eligieras para lo que solamente elegiste a tus doce Apóstoles! ¡Yo, nuevo San Pablo y hecho una sentina de pecados! ¡Pues hay orgullo mayor de esta alma vil! ¡Ay! No es don Alvaro, es el ejército de mis pecados el que levanta la muralla en el camino. ¡Por mí se pierden, Dios mío!... (Baja desfallecido el brazo en que sostiene el Santo Cristo, y aparta de él su rostro con una amarguísima desolación.) ¡Apártate, Amor de mi alma! ¡Yo no me atrevo a mirarte!... Y ahora... ¿adónde iré sin Ti?... ¡Oh! ¡Yo no puedo vivir más!... Todo lo abandoné por Ti, divino Salvador, hasta la dulce caridad de mis hermanos de religión, por venir a buscarte almas en estas regiones desamparadas... y ahora... mis pecados me apartan de Ti... Señor... luz de mi alma. ¿Tú también me vas a desamparar? Vete, Señor, pero dime antes adónde me he de volver, y dime qué he de hacer con este fuego que me abraza el alma... ¡que yo encendí para abrasar el mundo!... Estrellas del cielo por donde me miraban sus santos ojos, ¡apagáos! ¡Ya no veré a mi divino Amor! ¡Voces de las aves y de las montañas y de las olas del mar, ya no me repetiréis más las palabras que El os decía para mí!... Y pues de nada me sirven ya, quitame, Señor, los ojos y déjame ciego, sordo, mudo y quitame esta vida que es un martirio sin Ti... (Comenzará a entenebrecerse la estancia) ¡Ay!... La vista se me nubla... me faltan las fuerzas... (Desfallecido, busca un sostén y da varios pasos vacilantes. Se apoya, por fin, en un gran tabor y quedará cerca del proscenio a la derecha.) ¡Jesús!... (Se ha oscurecido ya. Con inefable dulzura.) ¿Es que me quieres llevar ya? (Rápidamente desaparecerá el telón de fondo y en su lugar surgirá el paisaje agreste y descarnado de las montañas de Xavier. El castillo se verá en el rincón izquierdo. Hecha la mutación con la mayor rapidez, comenzará a iluminarse el paisaje.) Pero... (Mirando con indecible estupor.) ¿Qué veo? ¿Dónde estoy?... Esos montes...

...esos montes..., esa sierra...,
esos bosques..., ese río...

¿Si será que mi alma yerra en el postrer desvarío?...
Pero esos montes, ¡Dios mío!
¡Esa es mi tierra!... ¡Mi tierra!
¡Oh! ¡El castillo!... Dulce hogar de mi familia perdida...

(Contempla, embebecido. Entre tanto vuelve a obscurecerse todo, y aparece otro fondo muy borroso e impreciso, de tonos casi negros. Se adivinará una arquitectura de capilla. Pero todo ha de ser como impalpable y fantástico. En el ángulo izquierdo se destacará una mancha roja y muy grande, en forma de cruz, que se irá iluminando, pero de modo que, dejando el escenario sombrío, envuelva toda la figura del santo en un rojo resplandor. Todo sucederá gradualmente, de suerte que dé tiempo de ir diciendo los versos correspondientes. De no poder verificarse el truco con la debida limpieza, será preferible que se suponga todo el paisaje, entre los bastidores de izquierda, limitándose en tal caso a obscurecer el escenario e iluminar solamente la figura del santo con muy viva luz. Las formas borrosas y como impalpables de la decoración y, sobre todo, del Crucifijo darán la sensación de sobrenaturalidad.)

¡Oh! La capilla... el altar...
¿Qué quieres, sombra querida?
¿Vienes a henchir sin medida la amargura de este mar?...
... ¡Si estás Tú también allí, mi Señor Crucificado!...
¡Si ese es tu rostro agobiado!...
¡Si me estás mirando a mí!
¡Divino Crucificado, a cuyo amparo viví!
¿Qué quieres? ¿Qué quieres, di?
... Señor, si de tanto duelo Tú mi logro no has de ser, no me des otro consuelo. Fuera de tí nada anhelo; ni el castillo de Xavier... ni las delicias del cielo...

(Aquí se ilumina la Cruz del fondo con el rojo resplandor.)

... ¡Oh, qué extraño resplandor!
¡Qué desusada congoja!

(Con grande espanto.)
¡¡Cielos!! ¡Sangre! ¡Sangre roja!
¡Sangre de mi Redentor!
¿Qué nuevo y fiero dolor Tu Sangre del Cuerpo arroja con tan prolijo sudor?

(Con inmenso pasmo)
¿Tú sudar Sangre, Señor?

(Queda estático un instante en la contemplación del prodigio.) (1)

... ¡Díme qué tienes, Amor! (Pausa.)
¡Ay! Es que oyes los balidos que llegan hasta tus pies de aquellos rebaños idos en pos del lobo montés!
¡Ay! Son mis hijos queridos esos, Jesús, que Tú ves,

(1) Aludo en este pasaje a la tradición que persiste todavía del sudor de sangre que sudó el milagroso Cristo agonizante de la Capilla del Castillo de Xavier, los viernes del último año de la vida del Santo.

perdidos mi Amor..., perdidos...

(Amarguísimo).....

No hay quien trabaje la mies,
Nada importa a mis hermanos que se pierdan tus ovejas en estos reinos lejanos. Ellos no entienden tus quejas...
¡Ves que tus ayes son vanos, y triste, agobiado, dejas que esa Sangre de tus manos vuelva las piedras bermejas!

(Tras un momento de pausa, se alzarán en un arranque soberano.)

¡No más perder con dolor toda tu Sangre divina!
¡Yo la recojo, Señor!
Con prenda de ese valor mi alma andará peregrina por donde quiera tu Amor...

(En pausa y como escuchando algo lejano.)
¡Ya voy! ¡Ya voy! ¡Es la China!

(La figura del Santo se iluminará aquí con un nimbo deslumbrador, y así proseguirá hasta el fin, gigante, sublimísimo.)

Ya voy, hijos míos,—los que Dios me diera, ya voy, que no sufre—mi alma más espera.
¡Salid a los muros—de todos los puertos!
Lleva vuestro padre—los brazos abiertos...
¡Salid a las playas!—y todas las aves os dirán que vienen,—que vienen las naves, llega a vuestro Imperio—su Grande Señor, la Sangre de Cristo,—¡mi volcán de Amor!
... ¿Qué más pedir, Señor, si vas conmigo?
¿Si mientras por tu gloria me fatigo mi corazón presiente que Tú entre tanto de la Cruz pendiente estás sudando Sangre por mi amor?
¿Qué más premio, Señor?
Los hombres me han dejado de todo su favor desamparado; mas, ¿qué importa, si amor basta a quien ama. y yo, Señor (Inefabilísimo) y yo soy una llama? No me mueve, mi Dios, para quererte el cielo que me tienes prometido, ni me mueve el infierno tan temido para dejar por eso de ofenderte, Tú me mueves, Señor; muéveme el verte clavado en una Cruz y escarnecido; muéveme el ver tu cuerpo tan herido, muéveme tus afrentas y tu muerte. Muéveme, en fin; tu Amor en tal manera, que aunque no hubiera cielo, yo te amara, y aunque no hubiera infierno te temiera... ¡No me tienes que dar porque te quiera, pues aunque lo que espero no esperara, lo mismo que te quiero te quisiera!!

Los protestantes que echan en cara a los católicos el culto de las reliquias de los santos, se han disputado en pública subasta algunos pedazos de telas que pertenecieron a la difunta reina Victoria, y hace algunos años las muchedumbres se apiñaban, como ante un ídolo, alrededor de una campana de Filadelfia a la que van asociados recuerdos de la revolución americana, que fué trasladada a la exposición de Chicago.

El medio duro

—Ven, pícaro; ven a contar a tu padre, ya que a mí no quieres, lo que has hecho con el medio duro de aguinaldo que te dió esta mañana—dijo doña Robustiana, trayendo de la oreja a su nietecita María.

—Que me lastimas, ¡abuelita!

—Vamos ¿qué ocurre?—dijo el padre—¿has hecho alguna diablura?

—¡Y grande!; como que no sabe dónde ha echado el medio duro que le diste esta mañana para que se comprara el lazo de seda que tanto le gusta.

—Vaya si lo sé, pero a tí no te lo quiero decir, porque me reñirás; a papá se lo contaré y verás como no se incomoda.

—Sea, María; siéntate a mi lado y cuéntamelo todo.

—Pues verás. Tú sabes perfectamente que en el escaparate de la tienda de modas de la esquina hay un lazo de seda que me gusta mucho; tú me diste esta mañana medio duro para que lo comprase. Yo, loca de contenta salí a la calle para ir a la tienda, pero al llegar al almacén de juguetes que hay antes, ví a un niño que, parado delante de un caballo de cartón que había en un escaparate, lloraba amargamente para que su madre se lo comprara.

La pobre mujer llevaba también otro niño en sus brazos, tiraba de él con dulzura, y le decía:

—Vamos, hijo.

—¡Caba... allo, caaba... llo; yo quiero caba... allo!

La infeliz madre trataba de convencerlo, reflejándose en su cara una horrible pena.

—Hijo mío, esos juguetes no se han hecho para los pobres; ¡no los tendrás nunca!

—¿Cómo nunca?—dije yo para mí, y... ¡zás! de un brinco entro en el almacén.

—¿Cuánto vale ese caballo?

—Una peseta.

—Tome, venga; y tararán tararán, se lo dí al chiquillo, y por cierto que abrió unos ojazos.....

La madre, al darse cuenta de lo que pasaba, me cogió la mano y apretándomela me dijo:

—Hija mía, Dios te pague la caridad que acabas de hacer. ¡Gracias a tí, hoy no habrá pan en mi casa, pero en cambio habrá alegría!

Yo sentí dos gotas de fuego que cayeron sobre mis mejillas.

Eran dos lágrimas pendientes de los ojos de aquella madre; a su contacto, abrí mi mano, depositando en la suya la vuelta del medio duro y le dije:

—Tome usted, para que el día sea completo; comed y reid.

Después de esto, eché a andar; pero el pícaro del chiquillo me cogió del vestido y me dijo:

—Chacha, ¿me das un beso?

—Y se lo dí; por más señas, que me ensució la cara.

—Al cabo me fuí; pero al volver la cabeza ví que el pequeñuelo me estaba tirando besos y diciéndome:

—¡Chacha, chacha!

—¡Vamos que me comprometió el corazón!

—Bien, dijo el padre de María—muy bien hecho; por esa acción te voy a dar cinco duros para que te compres diez lazos.....

—¡Cinco duros!—repuso María.—Con cinco duros se pueden comprar diez caballos y dar pan y alegría a otras tantas familias... Vengan los cinco duros, que voy a comprar los caballos.

—¿Y para tí, hija mía?

—Para mí... para mí el placer de que me llamen los chiquitines.

EMILIO MARIO.

En la eternidad no hay «un año más» «un año menos»; la medida del tiempo ha desaparecido. Aquello es ¡¡la eternidad!!

Piensa bien y cuida de cómo trabajas tu suerte para esa eternidad donde las equivocaciones ya no pueden corregirse.

IVONNE

En su dormitorio, verdadero nido tapizado de blanco y rosa, última obra de su pobre madre, Ivonne, la víspera de Navidad, se disponía a desnudarse ayudada de Marieta su nodriza.

—¿Dime, ama, sabrá leer mi carta al Niño Jesús?

—Sí, ángel mío: el Niño Jesús es muy sabio.

—¿Más sabio que la hermana Santa Coloma, ama?

—Sí, nenita; más sabio que la hermana Santa Coloma. El Niño Jesús, sabe todo, todo.

—Sabe entonces que papá no reza... que no va a misa?

—¡Ah!, sí, querida mía, y esto le apena mucho.

—Y crees tú que me concederá lo que le pido?

—Sí que lo creo!..... Pero vamos, acuéstate pronto, que estás enfriándote.

Ivonne colocó con gran cuidado sus zapatos blancos en la chimenea, poniendo en uno de ellos una carta.

El año anterior en esa misma noche, la niña había intentado permanecer despierta para ver al Niño Jesús y decirle que convirtiese a su querido papá, pero a pesar de todos sus esfuerzos, el sueño la rindió, y pasó el Niño Jesús sin que ella lo viese, dejando en la chimenea un bonito estuche de costura.

Este año, por temor de ser sorprendida otra vez, escribió al Niño Jesús. Trabajo la costó, porque no estaba muy práctica aun en escritura, pero al fin pudo dormir tranquila.

Muy cerca del cuarto de su hija; el doctor X trabaja en su despacho. La velada de Navidad nada le recuerda. Está demasiado ligado a los bienes de la tierra, para pensar en las dulces emociones de esta noche maravillosa. Además, ciertos estudios a que se había dedicado, extinguieron en él todo sentimiento religioso. El doctor era profundamente ateo.

En esa noche, antes de retirarse, el doctor fué como acostumbraba, a besar a su hija dormida. Al pasar delante de la chimenea, vió los zapatitos vacíos aún. Intrigado por esta costumbre que había olvidado los cogió, cayó la carta dirigida al Niño Jesús; la recogió y la leyó. ¡Oh! ¡qué conmovedora era! He aquí su contenido:

«Querido Niño Jesús—decía Ivonne—ya sabes que no tengo mamá porque la has llevado tú al Cielo, y me causa mucho disgusto no verla más; tengo aun a mi papá, pero me parece que no

te quiere; no va a misa, no reza. Conviértete, tú que eres tan bueno, tan bueno!

»Tu amiguita que te quiere mucho,
Ivonne.»

»P. D.—Cuando veas a mi mamá, dile que la envió un abrazo muy apretado.»

El Niño Jesús no recibió la carta, pero ésta llegó a su verdadero destino.

El doctor no pudo dominar su emoción; pasó la noche llorando.

A la mañana siguiente, Ivonne, al levantarse se encontró una preciosa muñeca en su chimenea.

Cuando Marieta se disponía a conducirla a la iglesia, se interpuso suavemente su padre:

—En adelante, seré yo quien te acompañará a misa, hija mía, porque el Niño Jesús ha recibido tu carta.

Por la traducción

P. P.



En la tarde del 18 del pasado Diciembre, descansó en el Señor mi buen amigo **DON ENRIQUE ALBERT Y GARRIDO**, con el que, por algunos años, compartí las tareas del periodismo en el diario católico de esta villa «El Popular».

Siempre reconocí en él un amigo sincero, leal hasta la abnegación, un compañero decidido y valioso que dejó grata memoria de su labor periodística en defensa de la religión y de los intereses morales y económicos del pueblo. Integérrimo como el que más, pudo explotar en provecho propio la habilidad de su pluma de periodista con empresas mercantiles, y jamás quiso; procurando cumplir en todo fielmente con su deber, considerándose de continuo en la presencia de Dios, al que había de rendir cuentas de las envidiables dotes de inteligencia con que fué favorecido.

En el cargo que actualmente desempeñaba de procurador de los Tribunales, fué honradísimo, íntegro, justo y fiel; por esto eran tantos los asuntos que se le encomendaban.

Su carácter, a pesar del sufrimiento físico que ha tiempo le aquejaba, era alegre como el del mártir que todo lo pone a la mayor gloria de Dios.

El inolvidable Enrique fué un perfecto caballero en todos sus procedimientos y un cristiano práctico modelo.

Esto tiene que servir de gran consuelo y satisfacción, en medio de su honda pena a su resignada viuda, a sus hijos, que se verán siempre honrados en la memoria de tan buen padre y a toda su demás familia, que acompañamos en el natural dolor por tan irreparable pérdida.

Lectores piadosos, os suplica en caridad una oración por el alma de tan excelente amigo y compañero

J. O. F.

Un año más... Un año menos...
Si ese año más lo habeis sabido llenar de méritos para el cielo ¡qué ventura! Si lo habeis desperdiciado entregándoos al pecado, ¡desgracia incomparable la vuestra!

"Religión y Patria" en París

Primero Méjico, luego Ecuador, Habana...

América nos abrió sus puertas, prometiéndonos acoger nuestra propaganda con entusiasmo entre los españoles allí residentes, y de esto hace ya un año y la suscripción no disminuye, antes al contrario, se extiende y se paga religiosamente con promesas de grandes aumentos, ya que el papelito gusta y se desea cada vez más.

Ahora es en París donde va a entrar RELIGION Y PATRIA. Allí hay muchos compatriotas nuestros, bastantes llevados por las exigencias de la vida, pero que suspiran por la patria española, otros espatriados por su vida aventurera, o si quereis efecto de esas ideas extraviadas que si aquí les hicieron laborar en la destrucción del orden social allí ven claro lo errado de sus caminos y son ahora patriotas entusiastas. ¡Y suspiran por su amada España! ¡Qué verdad es que nunca mejor se aprecia un bien que cuando se le pierde.

Pues a estos infelices hermanos nuestros en tierra extraña aunque hospitalaria, va desde hoy a visitar quincenalmente nuestro periódico.

Les va a recordar de nuevo lo que es y vale la Religión, la felicidad que proporciona al que la sigue fiel y les va a reavivar su amor a la Patria, recordándoles las glorias de nuestra historia sin par. Confiamos que han de acoger este pedacito de recuerdo español, este mensajero del «pueblín» querido, como a un amigo leal y desinteresado.

Y no creais, lectores de España, que son pocos los españoles que por Francia andan procurándose el pan nuestro de cada día, pasan, según nos informaron, de 50.000, y de 4.000 los que abarca la **Real Misión española**, a donde hemos pedido hospitalidad, mejor diremos, donde se nos ha brindado acogida de buen amigo. Allí hay Escuelas, Iglesia, nueve Catequesis, Patronatos, Asilos de Caridad, y mucho más habrá porque cuentan con la real protección del más bondadoso y querido de los monarcas europeos, de nuestro católico don Alfonso XIII, que ya les ha visitado y animado a perseverar en el bien, y cuentan además con otras valiosísimas protecciones.

Para más estrechar entre ellos y nosotros estos lazos de fraternal cariño, un distinguido cronista, colaborador de no pocas revistas y diarios, se nos ha ofrecido espontáneamente a traer a RELIGION Y PATRIA, por la que nos dijo sentía singular predilección, algunas crónicas amenas, fiel reflejo de aquella vida que él pudo estudiar detenidamente durante su estancia en la Misión.

Tenemos ya en nuestro poder las tres primeras, que nos han gustado mucho; encajan muy bien en el modo de ser de RELIGION Y PATRIA, así por su doctrina como por su variedad y recreación. Por ello nos felicitamos y prometemos a nuestros lectores ratos agradables y emocionantes también.

En nuestro número próximo publicaremos la primer narración.

 —¿Para qué el Hijo de Dios se hizo hombre?

—Para padecer y morir por nuestra salvación.

Casos y consultas

Uno que se va a casar.

Al despacho de don Manuel entró Felipe, joven barbero del pueblo de N.

—Vengo, dijo éste, a pedirle a usted un favor, y es que hable usted con el juez, porque me quiero casar por lo civil, y, ya ve usted, no está uno para hacer muchos gastos, porque el oficio no da mucho de sí que digamos.

—¡Hombre! ¿Con que te vas a casar por lo civil?

—Sí, señor, don Manuel. Yo he leído bastante, y me he convencido que eso de casarse por la Iglesia es cosa de clericales, y yo he dicho: pues voy a ver a don Manuel, que es un hombre que tiene mucha mano en el pueblo, y es, además, amigo del juez, y él me lo arreglará todo. Conque a eso vengo, y dispense usted la molestia; pero, ¡qué vamos a hacer! los que podemos poco, tenemos que servirnos de los que pueden mucho, y tienen buen corazón, como usted.

—No hay nada que dispensar, hombre, y me alegro que hayas venido. Pero, dime, ¿tú sabes lo que vas a hacer?

—Pues ya se lo he dicho a usted: casarme por lo civil.

—Bien. Dime: ¿tú quieres mucho a tu novia?

—¿Que si la quiero? Más que a las niñas de mis ojos: como a nadie en el mundo.

—¿Y verías con buenos ojos que fuese ella de tal condición que la pudiesen llamar...? vamos, ya sabes lo que quiero decir.

—¡Eso, jamás! ¡Primero la pegaba un tiro!

—Cálmate, que a quien había que pegar, no un tiro, sino cuatro es a tí. Porque tú, con el maldito matrimonio civil, la vas a hacer una desgraciada, echando sobre su frente el sello de la deshonra. La vas a convertir en una mujer de peor condición que una mujer pública, porque además de no ser tu mujer legítima ni ante Dios, ni ante la sociedad cristiana, ni ante las personas decentes, llevará, como tú, el sello de la apostasía y de la excomunión, y los dos seréis unos renegados.

—¡Poco a poco, don Manuel! Ya sabe usted que nos casará el juez, y ante la ley, nuestra unión será un verdadero matrimonio.

—Mentira. Vosotros sois cristianos, si vais a contraer matrimonio ha de ser conforme a las leyes de Dios y de su Iglesia. El juez podrá legalizarte los derechos y los efectos civiles del matrimonio; pero jamás podrá hacer que ese matrimonio no sea un torpe y degradante concubinato. Entre cristianos, el matrimonio es un **sacramento**, y sobre los sacramentos no tiene autoridad ninguna el juez, ni ninguna potestad civil. El juez te casará para los efectos civiles; pero, ya te he dicho, que ante la sociedad cristiana, ante Dios, y ante las personas decentes no estarás casado, sino amancebado, teniendo por añadidura la apostasía y la excomunión. Las personas honradas os señalarán con el dedo. Vuestra conciencia será una conciencia sacrílega, y la sociedad cristiana os mirará como a unos réprobos. Mira sino, como aun los que quieren pasar como honrados aunque no sea más que en la apariencia, huyen del matrimonio civil como de algo

que los envilece a los ojos de la sociedad. Muchos de esos que tanto precocinizan el matrimonio civil son los primeros en casarse por la Iglesia. ¿A que te acuerdas de alguno?

—Sí que recuerdo. Pero entonces por qué predicán una cosa y luego hacen otra?

—Porque siempre encuentran ignorantes que les hagan caso, y como esa gente a lo que va es a su negocio, y lo que necesita es que haya descreídos que, perdiendo el freno del temor de Dios, estén siempre dispuestos a hacerles el caldo gordo, tratan por ese medio de apartaros de la religión; porque hombre sin religión es hombre sin conciencia, y dispuesto lo mismo para un fregado que para un barrido.

—¿Pero, don Manuel?

—Nada. Lo que oyes. Eso que vas a hacer es la mayor barbaridad, y el acto más degradante a que puede descender una persona honrada. Para casarse por lo civil, para la clase de unión que tu quieres contraer con la que va a ser tu mujer, no hace falta ser hombre: basta y sobra con ser un perro, o asno, u otro animal cualquiera. Vosotros confiáis en esas solemnidades que lleva a cabo el juez; pero todo eso no afecta, como ya te he dicho, más que a los efectos civiles del matrimonio civilmente hecho. Pero la cuestión de la conciencia no queda resuelta, ni el juez puede resolverla, porque entre cristianos el matrimonio es un contrato como otro cualquiera: es una cosa sagrada, porque es un verdadero sacramento, y si ese contrato no lo verifican los cristianos ante la autoridad de la Iglesia, no es sacramento, y no siendo sacramentado no es matrimonio, y no siendo matrimonio, los que así se casan se llaman amancebados, y los que viven amancebados llevan sobre su frente un sello de deshonra y de ignominia que transmiten después a sus hijos.

—¡Pues está bueno esto, don Manuel! ¡Y me habían dicho que era lo mismo, y aun mejor, casarse por lo civil, que por la Iglesia!

—No lo creas, Felipe. Yo en esta cuestión no echo nada en el bolsillo. Lo que acabas de oír te lo he dicho por tu bien, y para que evites que sobre tí, y sobre la que va a ser tu mujer caiga la mancha de la infamia y de la deshonra, y para que nunca puedan decir vuestros hijos: mis padres se casaron como los perros.

—Pues de mí no se ríe nadie. En seguida voy a ver al cura, para que nos case como Dios manda, y muchas gracias por todo, y queda usted convidado a la boda.

Efe.

Lecciones de la experiencia

Nos parece concluyente para tanto **miope** en cuestiones de moral... laica, esto que en su periódico, «La Victoire», acaba de decir el exsocialista Gustavo Hervé:

«El Gobierno se ha tirado a fondo contra el sectarismo de los radicales, que nada han aprendido ni olvidado, en medio de una ovación de la mayoría como hace mucho tiempo ministro alguno oyó en esta Cámara.

»Puesto que monsieur Herriot y el partido radical no han comprendido

